



El existencialismo abrahámico de Louis Massignon

J.A. ANTÓN PACHECO

Universidad de Sevilla

Resulta difícil intentar un ensayo definidor o introductor a la obra y a la vida de Louis Massignon (1883-1962), pues nos encontramos ante una figura difícilmente catalogable. En efecto, la versatilidad y profundidad de su pensamiento y de su vida toda (raramente encontraremos a una persona en la que sea más problemático disociar pensamiento y vida), hace que no encontremos un término o concepto válido que pueda abarcarlos. Porque, además, ¿dónde colocaríamos a Louis Massignon: entre los arabistas? Ciertamente él fue uno de los arabistas (o islamólogos) más importantes de nuestro tiempo, pero desde luego su pensamiento va mucho más lejos que el del puro especialista académico en lengua y cultura árabes.

¿Sería entonces un lingüista? Quién puede dudar de la importancia de sus consideraciones sobre el lenguaje, pero, claro está, sería muy pobre si nos quedáramos sólo en eso, pues su concepción del lenguaje deriva, como es natural además, hacia dimensiones metafísicas, religiosas y hermenéuticas. ¿Historiador, arqueólogo, sociólogo? En todas estas materias ha sido Massignon autoridad científica en el ámbito de los estudios de arabismo; pero nadie lo reduciría a estas disciplinas. ¿Teólogo, filósofo? Por supuesto que toda su obra está imbuida de teología y filosofía; es de hecho teología y filosofía, aunque no fuera Massignon un teólogo o filósofo de «profesión».

Cabe entonces preguntarse por la filosofía de Massignon, por su filiación en el ámbito del pensamiento. Pero para ello, y al mismo tiempo, hay que tener en cuenta su vida y su existencia concreta, pues si es verdad que para todo pensador son indisolubles concepto y vivencia, esto ocurre sobremanera en el caso de Louis Massignon. Intentaremos sistematizar, en la medida de lo posible, los principales supuestos de la obra massignoniana, lo que en frase típicamente suya sería su «curva de vida». Ante todo hemos de decir que si tuviéramos que denominar de alguna manera la filosofía de Massignon, lo haríamos, tal reza el título de este artículo, como *existencialismo abrahámico*. Esperamos justificar este aserto.

Metodológicamente, comenzaremos por la cuestión del lenguaje. El lenguaje es siempre para Massignon revelación concreta de un sentido, mostración de una intención comunicadora. El lenguaje en su conjunto es el descubrimiento mismo de la realidad, o mejor, la condición de posibilidad del descubrimiento de la realidad. Pero insistamos en la concreción personal del lenguaje. El «habla no habla». Siempre es alguien quien habla, quien se dirige a alguien para hablar y comunicarse. El hombre no instaura el lenguaje, sino que el lenguaje, en tanto que sentido, se le da al hombre: el lenguaje es la manifestación de Dios a los hombres, y los hombres, en cuanto que hablan y se hacen cargo de esa apertura, son los testigos del lenguaje. La dimensión lingüística en Massignon es esencialmente dimensión sacral. Y como nada es abstracto en Massignon, el lenguaje tiene vehículos privilegiados en su mostración. Las lenguas semíticas forman parte esencial de esa instauración prístina del sentido. Por su particular estructura interna, las lenguas semíticas (y más en concreto, el árabe) son la expresión más fidedigna de la revelación del sentido: designan una experiencia discontinua; su temporalidad es la del instante privilegiado que rompe una secuencia lineal para, a modo de *ex abrupto*, instaurar una novedad original, puntual, cualitativa. Esa experiencia se expresa privilegiadamente por las lenguas semíticas y las lenguas semíticas expresan esa experiencia (Massignon gustaba de contrastar las lenguas semíticas con las indoeuropeas: éstas serían perifrásticas, analíticas, ideales para explicar el mundo exterior. Cf. *La syntaxe intérieure des langues sémitiques*, 1949). Aunque, evidentemente, para Massignon toda lengua refleja aquella relación prístina, ya que el lenguaje es la más patente mostración de la apertura del hombre hacia la Trascendencia y de la revelación de ésta al hombre. Por eso para Massignon la palabra es anagogía, remontamiento hacia la intimidad del Ser (del Ser concreto, personal), rescatando así esta vieja categoría de la hermenéutica cristiana. Se ve, pues, la estrecha relación que hay en Massignon entre lenguaje y posición filosófica, entre palabra y existencialismo (que es como creo que se puede denominar fielmente el pensamiento massignoniano), y más concretamente todavía podemos apreciar la estrecha conexión entre lenguas semíticas y su pensamiento filosófico-religioso. Como parece muy evidente la importancia de la cuestión del lenguaje (e insistimos: de las lenguas semíticas) por su repercusión en la esfera de las experiencias filosófica, teológica y mística (en realidad, en la esfera de la persona tomada en un sentido integral), vamos a intentar resumir, en la medida de lo posible, las categorías y presupuestos de la concepción massignoniana del lenguaje; lo que significa, a fortiori, referirnos a su labor de islamólogo. Antes que nada, tal vez sería interesante saber lo más fundamental, a nuestro juicio, que Massignon ha aportado al conocimiento del Islam en nuestro tiempo, pues este hecho está muy ligado a lo que nos proponemos. Massignon representa un auténtico hito en las relaciones Islam-Cristianismo: hay que afirmar con justicia que la obra de nuestro autor ha supuesto un auténtico redescubrimiento de la religiosidad islámica por parte del Cristianismo: el cambio de actitud, en un sentido más comprensivo, de la Iglesia Católica respecto al mundo musulmán a partir del Vaticano II, se debe en gran parte a Massignon.

Massignon, partiendo de los orígenes abrahámicos comunes, reincorpora al Islam a la economía de la Revelación.

El Islam, el mundo árabe, en cuanto que desarrollo tipológico de la figura de Ismael, representa al excluido, al marginado, al emigrante, al refugiado.

La mística musulmana (como toda mística, como toda auténtica experiencia interior) no se explica por influencias, sino por reflexión de palabras originarias coránicas, es decir, palabras

que designan la experiencia fundadora del Instante. Por eso siempre se opuso Massignon a Miguel Asín Palacios a la hora de explicar el origen de las principales categorías islámicas.

Massignon ha demostrado, y puesto en su lugar, la importancia de la filosofía, ciencia y cultura árabes en el conjunto de la historia de la humanidad, en un momento en que la visión del mundo musulmán por parte de Occidente estaba muy desvalorizada. Y todo esto lo ha llevado a cabo Massignon mediante una profundización, reflexión e interiorización de la lengua árabe. Massignon ha realizado en sí mismo el mismo método que lleva a cabo el místico con las palabras originarias (concretamente, Al Halláj: emblema y paradigma de la investigación massignoniana). Es de reseñar que el estilo literario de Massignon presenta las mismas características que las que él apunta como características esenciales del árabe: estilo condensado, elíptico, a base de rupturas constantes, puntual. Para nuestro autor, la palabra es escatología realizada, instante privilegiado, kairós. Mediante la palabra nos comunicamos, persuadimos, amamos, saludamos, salimos fuera de nosotros, es la palabra nuestro existir. Teniendo en cuenta, además, la dimensión comunitaria de esa emergencia del sentido que es la prolación: de hecho, para Massignon, sólo cuando hay testigos del Instante, oidores y habladores de la palabra, es cuando hay posibilidad para una comunidad de desenvolverse vital y socialmente (vida urbana, mercados, corporaciones de artesanos; todo ello depende del místico que revitaliza su lenguaje: Al Halláj).

Como puede comprarse, la cuestión del lenguaje está íntimamente ligada a la cuestión de la temporalidad, y ambas (de forma unitaria) a la perspectiva existencial de Massignon: el tiempo es para Massignon, como la lengua (y siempre privilegiadamente: las lenguas semíticas; y más privilegiadamente: el árabe), constelación de instantes, discontinuidad que apunta a una realidad transhistórica (esto nos recuerda a Henry Corbin, a la sazón discípulo suyo). Nos explicamos entonces la crítica de Massignon a un lenguaje comercializado, instrumentalizado (como Walter Benjamin y Gerschom Scholem hacen también), esto es, a una utilización del lenguaje que no suponga un contacto comunicable con la Trascendencia, o un apalabramiento de una experiencia original (insistimos en la recuperación del sentido anagógico por parte de Massignon). Y de ahí que nuestro autor relacione toda auténtica experiencia mística con una auténtica experiencia del lenguaje: la verdadera vividura mística sería el momento privilegiado en el que apalabramos el silencio, en el que nos comunicamos o se nos comunica una verdad (y esto explica la aversión massignoniana por la estilización literaria de la mística. Cf. *L'expérience mystique et les modes de stylisation littéraire*, 1927). Insistamos, sin embargo, en que la continua repristinación del lenguaje por parte de la conciencia extática no acaba en la esfera de la religiosidad privada, sino que por el contrario esa palabra concedida se articula socialmente y funda una posibilidad de convivencia social: la mística es recreación del lenguaje y el lenguaje lo hablamos todos.

El lenguaje es descentramiento, interiorización, movimiento de sustitución de nosotros mismos para la presencia de la palabra que se instala. El proceso de descentramiento equivale, entonces, al salir fuera de sí que es la existencia, por lo que vemos justificado aplicar el nombre de existencialismo a Massignon, un existencialismo determinado por el lenguaje y por las condiciones que éste implica. Dimensión existencial, pues, y sobre todo dimensión personal del pensamiento filosófico-teológico de Massignon, pues el lenguaje siempre significa comunicación, intención de transmitir un sentido, apertura a la persona y de la persona (¿cuánto nos extraña que nuestros personalistas no reivindicquen la figura de Massignon, máxime cuando éste

fue amigo de Mounier y escribió en *Esprit!*): de donde la preeminencia de la palabra hablada.

Con lo dicho no creo que haya que insistir mucho sobre la concepción del lenguaje massignoniano: confianza en la palabra vivida y denominativa, capacidad trascendente y significativa de la palabra (Cf. *Valeur de la parole humaine en tant que témoignage*, 1951), hermenéutica restauradora (tengamos en cuenta que Massignon acudía con asiduidad a las reuniones del Grupo Eranos en Ascona, grupo con el que se encuentra ligado en muchas de sus inquietudes intelectuales). La lengua en sí misma es testimonio de Dios. Según esta confianza en el lenguaje como revelación y donación, la mística es todo lo contrario a lo inefable: es precisamente la experiencia fundadora y refundadora del lenguaje (allí donde las palabras se esclarecen y aclaran) donde éste se repristina por interiorización y descentramiento. Ahora bien, toda esta especulación, y vivencia, acerca del lenguaje la ha llevado a cabo Massignon no en un sentido general y abstracto, sino fundamentándose en su labor científica de especialista en lenguas semíticas, en su labor investigadora de arabista: es el árabe la lengua que, de manera privilegiada, manifiesta todas esas características transcendentales de la palabra. Nadie podrá reprochar a Massignon talante acientífico a la hora de abordar sus estudios sobre lengua y mundo árabes, ya que en muchos aspectos Massignon ha sido auténtico descubridor de cuestiones relacionadas con el ámbito árabe; y sin embargo todo ese impulso viene dado en Massignon por un proyecto existencial, por unas intenciones del investigador vitalmente comprometido con el objeto de su estudio. Está claro que lo que se plantea aquí, con respecto a Massignon y a la lengua árabe, es el componente esencial de la hermenéutica consistente en que el intérprete hace suyo, desde su propio horizonte vital, el objeto así subjetivizado. No hay que insistir en que para Massignon esas intenciones del investigador no impiden una visión acertada del objeto, sino que por el contrario sirven de acicate y motivación para la obra científica. Podríamos comparar la situación de Massignon con relación al árabe (en cuanto que desencadenante de su filosofía) con la de Heidegger respecto al griego y el alemán. Sólo que en Massignon prima siempre en su tratamiento del lenguaje el elemento concreto, personal, el diálogo, la comunicación, la compasión; y esa palabra que se revela y se dona gratuitamente acaece en el emigrante, el excluido, el perseguido, el colonizado. No olvidemos que el origen de la actividad vital e investigadora de Massignon se encuentra en una experiencia mística marcada por la noción de hospitalidad.

Después de estas breves notas sobre la categoría de lenguaje en Massignon (tan unida y correlativa a la noción de existencia), es hora de plantearnos la denominación que se pueda dar a nuestro autor. Dado el carácter eminentemente religioso y cristiano de su pensamiento y de su vida, parece que bien pudiéramos utilizar el término de existencialismo cristiano. Sin embargo, nosotros quisiéramos proponer el de existencialismo abrahámico. Y esto fundamentalmente por dos motivos. El primero porque Abraham representa tipológicamente (Cf. *Les trois prières d'Abraham*, 1949, uno de sus textos más importantes, y más difíciles) todo aquello que emblematiza la obra y vida de Massignon: Abraham es la imagen del que sale fuera de sí, del existir mismo; es la imagen también del emigrante (el *guer*), del desposeído, del perseguido; Abraham, como figura tipológica, simboliza la universalidad del ser humano en su indigencia metafísica y la particularidad de éste en las situaciones concretas de injusticia. Pero esta representación tipológica acontece en un ámbito lingüístico, cultural, y religioso muy determinado: el ámbito semítico, el ámbito del monoteísmo personal, de la Revelación por la Palabra viviente... Es decir, los presupuestos del existencialismo massignoniano están marcados antes

que por conceptos y categorías del pensamiento occidental (por más que él conociera perfectamente esa tradición), están marcados —digo— por el horizonte de expectativas abierto por la experiencia abrahámica. Naturalmente, dentro de esas expectativas, y de manera esencial, se encuentra la consideración ecuménica de la fe abrahámica común a las tres grandes religiones reveladas: el cristianismo, el judaísmo y el islamismo. Este dato es el fundamental para comprender el existencialismo de Massignon y de él hay que partir siempre para cualquier estudio de su obra.

La Torá, la Biblia, el Corán, el hebreo, el árabe, el peregrino, la hospitalidad, la palabra interiorizada y meditada, la compasión, la sustitución... todas esas son las categorías del existencialismo abrahámico. Y es que cuando incluso Massignon recurre a elementos científicos que no pertenecen a esta tradición bíblica, semítica (como Jung, Marcel Mauss, el estructuralismo...) adquieren esos elementos y esas figuras un color especial, como si todos ellos se vieran siempre desde la perspectiva de los testigos del Instante.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Obras de Louis Massignon

La passion d'al Hallâj, 4 vol. Paris, Gallimard, 1975.

Essai sur les origines du lexique technique de la mystique musulmane. Paris, Vrin, 1968.

Husayn Mansûr Hallâj: Dîwwân. Traducido y presentado por L. Massignon. (No incluye el texto árabe). Paris, Seuil, 1981.

Parole donnée. (Recopilación de 31 artículos). Paris, Seuil, 1983.

Opera minora, 3 vol. (Recopilación de 207 artículos). Paris, PUF, 1969.

Estudios sobre su vida y obra

WAADENBURG, J.J., *L'Islam dans le miroir de l'Occident*. La Haye, Mouton, 1962.

AA.VV., *Cahier de l'Herne: Louis Massignon*. Paris, L'Herne, 1970.

MOUBARAC, Y., *L'oeuvre de Louis Massignon*, Beirut, Cénacle Libanais, 1972.

HARPIGNY, G., *Islam et Christianisme selon Louis Massignon*. Louvain, Ed. Louvain-la-Neuve, 1981.

HARPIGNY, G., «Louis Massignon: L'hospitalité et la Visitation de l'Étranger», en *Revue des Sciences Religieuses* 75/1 (1987) 39-64.

AA.VV., *Presence de Louis Massignon*. Paris, Maisonneuve et Larose, 1987.